

Marta Sanz y la novela política

Novela. 'Pequeñas mujeres rojas' cierra una trilogía junto a 'Black, black, black' y 'Un buen detective no se casa jamás'

IÑAKI
EZKERRA



Aunque, desde determinados postulados doctrinales hay quienes las homologan, la violencia de signo político y la que se proyecta contra el sexo femenino son de naturaleza distinta e incluso antagónica. El que mata en una guerra, como el terrorista, lo hace con una motivación política o al menos esta le sirve de coartada. Por el contrario, el que asesina a su compañera no tiene detrás una ideología que avale su acto. Ni siquiera los que niegan desde posiciones de extrema derecha que la violencia contra la mujer sea una grave lacra social legitiman esa violencia, aunque la relativicen e igualen a otras. Por esa razón, la manida expresión de 'terrorismo machista' es una licencia literaria. El maltratador o el asesino de mujeres actúa en su propio nombre, no en el de un bando bélico ni en el de una banda armada. De este modo, unir ambas violencias en un texto narrativo es una apuesta arriesgada. Este es el caso, sin embargo, de 'pequeñas mujeres rojas', la nueva entrega novelesca de Marta Sanz, que cierra la trilogía del género policíaco iniciada en 2010 con 'Black, black, black' y continuada 2012 con 'Un buen detective no se casa jamás'.

En esta ocasión, la escritora madrileña mezcla el tema de la Guerra Civil y el de la llamada 'memoria histórica' con el sexismo machista y la consecuente óptica de la denominada 'violencia de género'. Si, cuando se aborda la con-

tienda del 36, ya se corre el peligro de meter en sendos sacos ideológicos filiaciones de lo más variopintas (anarquistas, socialistas, comunistas, nacionalistas y republicanos de derechas, por un lado, así como a fascistas, monárquicos, carlistas y liberales, por otro), el reto que impone tal planteamiento sería el de esquivar otra maniquea homologación añadida, como la del machismo y el feminismo con cualquiera de ambos bandos. Un reto difícil partiendo del propio título y de los mimbres del argumento: las 'pequeñas mujeres rojas' son las que pusieron su vida en riesgo durante la guerra y no se resignaron a un papel pasivo de víctimas, pero que a su vez no logran sustraerse, paradójicamente, de ese papel en estas páginas en las que comparecen como represaliadas esenciales en su condición femenina de un bando vencedor identificado con lo negativamente masculino.

pequeñas
mujeres rojas



PEQUEÑAS MUJERES ROJAS
MARTA SANZ

Ed.: Anagrama. 340 páginas. Precio: 18,90 euros (ebook, 9,99)

El segundo reto de este texto es hacer conciliables dos géneros –el de la novela política y el de la novela negra– que no resultan fácilmente casables. Esa natural incompatibilidad reside en que la primera se basa de modo inevitable en una tesis moral, mientras la segunda tiene su epicentro en la intriga. A Paula Quiñones, la protagonista, le está reservado el doble rol detectivesco e intermediador entre esas heroínas y el lector una vez que llega a un perdido pueblo mesetario, Azafrán, cuyas fosas comunes van a constituir su tarea de investigación. Una anotación de la autora en el capítulo de agradecimientos nos aclara que los hechos narrados son una recreación libre de los sucesos acaecidos en torno a la fosa de Milagros. La novela se abre con una voz plural que corresponde a los sepultados en ese osario de ficción inspirado en el que se halla ubicado en la provincia de Burgos y que fue exhumado en julio de 2009: «Somos los niños perdidos y las mujeres muertas».

Dicha voz asume ya en esas primeras páginas la función de un narrador omnisciente que presencia la llegada a la localidad de Paula y la contempla burlescamente como una forastera que todo «lo sabe por boca ajena». Aquí se plantea el tercer reto del texto: por una parte, nos hallamos ante la reconstrucción de una tragedia que merece respeto, justicia y reparación; por otra parte, esa voz



La escritora madrileña Marta Sanz. EFE

colectiva y demiúrgica nos presenta un discurso provocador, irrespetuoso e incluso hilarante. Se ríe adoptando un falsete histriónico de la limitación física del personaje central («una coja idealista y acaso filantrópica») y de su propia misión en esos parajes. A ella la llama la «chica del western» y califica de «inepto» a Arturo Zarco, el detective gay al que hay lectores que ya conocerán de sus dos anteriores entregas y que estuvo casado con Paula, con la que man-

tiene todavía una relación enfermiza de dependencia. Relación que es en cierto modo simétrica a la que la propia Paula mantiene con Luz, su antigua suegra, y que se plasma de manera nada anecdótica en la simpática relación epistolar que aún mantiene con ella y que conforma una buena parte de la novela. La abundancia de fórmulas y registros narrativos es, sin duda, uno de los logros del libro y una prueba de la solvencia técnica de su autora.